

## CAPITULO 2. PUNTALES: ANTECEDENTES, NACIMIENTO Y EVOLUCION

Al ser incorporada al reino de Castilla, Cádiz se convierte en un modesto núcleo de población. Los gaditanos se mantienen reducidos dentro de una cerca de mampostería con torres y un castillo en su ángulo sudeste, al estilo de otras ciudades medievales durante la repoblación cristiana. Este núcleo primitivo está situado en torno a la iglesia mayor donde hoy se encuentra la de Santa Cruz. La población se asienta sobre el puerto y domina los alrededores. El crecimiento demográfico da lugar a la formación de dos arrabales: el de Santiago hacia el Norte y Occidente y el de Santa María por existir allí una ermita bajo esa advocación, ambos fuera del amparo de la cerca de la primitiva villa. El alzamiento de un muro de tierra en el frente de Levante con una puerta en el centro —la puerta del muro— fue una medida elemental de protección para la población contra un posible ataque terrestre, cortando la única entrada y salida de Cádiz por tierra. La constitución del Consejo del Puente en señorío isleño en 1338 reduce su término hasta el río Arillo, basando su existencia en la pesca y el comercio, el cual por entonces realiza con la vecina Berbería. La población es escasa y en constante fluctuación.

### **La fortificación de Cádiz**

La apertura del comercio indiano en el siglo XVI produce una revitalización de la ciudad provocando una intensificación de los ataques de los enemigos de la corona conscientes de su importancia, lo que lleva a Felipe II a considerar la posibilidad de abandonar la ciudad. Sus consejeros logran convencerlo para establecer una serie de fortificaciones cambiando su fisonomía y haciendo de ella una ciudad amurallada.

A principios de siglo, Cádiz ve su seguridad amenazada por las incursiones berberiscas. El promotor de estos ataques es Barbaroja, con el apoyo del sultán turco Solaimán, a la búsqueda de una expansión por el Mediterráneo y Europa Oriental. Gibraltar es acometida en mayo de 1529 y arrasada, temiendo el Consejo de Castilla por sus puertos del Sur y del Norte de África. El corregidor de Cádiz manda en Junio de dicho año un memorial a la emperatriz Isabel de Portugal —Carlos V está ausente— dando cuenta de lo inútiles y escasas que son sus defensas, reduciéndose estas a un muro de tierra y al castillo de la “Villa”, ruinoso y exento de artillería.

En 1530, el comendador Aguilera hace la traza de una cerca y torreón para

la defensa del desembarcadero de Puerto Chico. Carlos V comisiona a miser Benedicto de Rávena para evaluar el estado de las defensas de Cádiz, en 1534. El informe es desfavorable considerando de escaso valor el muro en construcción. A pesar de su estado precario y el peligro siempre vigente de los corsarios, no hay más datos sobre fortificaciones en los años siguientes. El rey encarga a Juan Bautista Calvi levantar defensas en las plazas españolas desde el golfo de Rosas hasta Cádiz. Introduce innovaciones en el arte militar importadas de su país de origen, centradas en el sistema de los frentes abaluartados.

Las fortalezas y murallas de siglos anteriores quedan obsoletas y son ineficaces ante la artillería moderna. Es necesario disminuir la altura y aumentar los obstáculos ante la línea de fuego contraria y restarle eficacia, alejándola. Por orden del príncipe Felipe, Calvi llega a Cádiz en 1554, donde dispone del informe del Conde de Tendilla, señalando la precariedad defensiva de la ciudad. Su proyecto es aprobado por el Consejo de Guerra. Idea levantar tres baluartes hacia el puerto para su defensa y otros dos hacia Poniente y la banda del vendaval, en el arranque del muro de tierra. Este queda protegido por la parte de la bahía por uno de los baluartes del puerto. El muro de tierra forma el frente de Levante. Cada uno de estos debe quedar unido uno con otro por lienzos de murallas que cercan la población, por entonces de límites reducidos. Apartado de la ciudad se levantan los baluartes del Arrecife y del Puntal, en el istmo. Calvi vuelve a Cádiz en marzo de 1557, tras un viaje peninsular, esperanzado en ver acabada la obra en el verano de 1558. En junio de 1557, están levantados los fundamentos de los tres baluartes del puerto y el de la banda del Vendaval.

El dinero se gasta rápidamente, quedando sólo 1.000 ducados el 1 de junio y dejándose de trabajar a mediados de julio en la plataforma de Santa Cruz por falta de fondos. Calvi intercede ante la reina pudiendo reanudar las obras en octubre. Funda otros tres baluartes, dos de ellos a poniente y otro en el frente de Levante. En primavera tras la interrupción invernal se sigue trabajando en todos los baluartes iniciados: Santa María, Santiago, Santa Cruz y San Felipe intentando unirlos por medio de cortinas. Ausente Calvi las obras continúan bajo la dirección de ingenieros de origen italiano, sin que los trabajos adelanten mucho.

En 1577, Luis Bravo de Laguna realiza un informe detallado sobre la plaza de Cádiz, describiéndola como una isla de tres leguas de tierra llena de lagunas de sal alternando con viñas y caseríos. El puente de Zuazo une esta isla a tierra, isla donde debe elevarse una torre no muy alta pero capaz de resistir las baterías de las galeras enemigas que pudiesen venir por el río de San Pedro. El ancestral muro de tierra es considerado una buena muralla con capacidad para recibir dos buenos baluartes, los de Benavides y San Roque. La ermita de Santa Catalina no posee cerca alguna, contemplándose por lo tanto la necesidad de una muralla con torreones que abarcara desde el baluarte de San Felipe al parapeto del Vendaval. Aconseja un cerco de murallas para la porción comprendida entre el baluarte de San Felipe y el muro de tierra de Levante. Dotada de una buena artillería, esta muralla representaría una buena defensa de cara al

puerto, impidiendo que navíos enemigos pudiesen hacer prosperar una operación de desembarco. Bravo de Laguna estima necesaria una guarnición de 3.000 hombres. El invierno representa el mayor peligro ya que reúne, sobre todo en enero y febrero, unas condiciones climatológicas más favorables incluso que en verano. Otro peligro podía venir a la población en caso de ataque si las fortificaciones de la plaza se situaban muy alejadas de la población. En este caso, el enemigo podía tomar algún caballero sin ser sentido. Incluso podían encontrar estos invasores ayuda en las representaciones de naciones extranjeras, muy numerosas, establecidas en Cádiz.

El mantenimiento de una guarnición de tres mil hombres en Cádiz, según el cálculo de Bravo de Laguna ascendería a tres mil ducados anuales, a los que había que sumar los gastos de su fortificación. Por ello, concluía, no sería desconsiderado dismantelar la ciudad, y pasar sus vecinos a poblaciones próximas como el Puerto de Santa María, evitando una defensa tan costosa o que el enemigo la tomara un día y se hiciera fuerte en ella. No creía Luis Bravo de Laguna que ningún enemigo fuera tan poderoso como para poder resistir los socorros que en caso necesario vendrían de Jerez, Medina Sidonia, Chiclana y otros lugares vecinos. Más conveniente consideraba levantar en Cádiz una cerca que lo rodeara todo.

En 1578, el corregidor de Cádiz, Diego de Benavides, recibió una instrucción del Consejo de Guerra sobre la defensa de la plaza de Cádiz. Debían ponerse en defensa los dos baluartes que se levantaban en la puerta del muro — San Roque y Benavides—. Se harían además los baluartes de San Sebastián y San Francisco, y se terminaría la plataforma de Santa Cruz. Luego se proseguiría la fortificación con los baluartes de la Peña Gorda y el Fratín, Santa Catalina del Puerto y el de San Miguel en el Puntal. Junto a todo esto, proseguiría la obra de aderezo del puente de Zuazo, con un fuerte contiguo, como quería Bravo de Laguna.

La ciudad pide en 1586 al rey la haga cercar de murallas y se levanten los baluartes de la bahía, pues no podía atender a sí misma; todo el dinero que disponía se le iba en protegerse de los infieles con torres, escuchas y velas.

En 1587 Felipe II ordena a Tiburcio Espanoqui que fuera a Cádiz para informarle de si no sería mejor levantar en Cádiz una ciudadela o castillo y proteger la población con un simple muro por la parte que estaba abierta. En la bahía habían de colocarse los baluartes de Santa Catalina del Puerto, junto al Puerto de Santa María, que se correspondería con el de San Felipe y el del Puntal, estorbo este último de la entrada a la cala de este nombre.

En 1587 vino a Cádiz como obispo Antonio Zapata. A su actividad se deben la muralla de la bahía, el alojamiento de soldados junto a la Puerta de Tierra y una casa de munición.

En 1591, el Consejo de Guerra, decide que no se haga la fortificación de la ciudad, por costosa y porque no impedía que la ciudad fuera tomada desde dentro ya que en ella vivían gran cantidad de extranjeros. Para evitar esto era preferible construir un castillo, como trazara Tiburcio Espanoqui en “tres de-

signios” de los cuales el Consejo de Guerra escogía el mayor, porque lo consideraba de mayor defensa y menos coste, al aprovechar los que antes hiciera Calvi, y unir con fuertes cortinas los baluartes de Santiago, Santa María, Benavides y San Roque. De las fortificaciones anteriormente diseñadas tan sólo se habían de proseguir las de la bahía, que ya estaban levantándose, como se ha dicho, por iniciativa del obispo Zapata. La ciudad debería protegerse con una muralla o simple parapeto desde el baluarte de San Felipe a la caleta de Santa Catalina, para defensa de ésta. El resto quedaría abierto. Espanoqui había de ir a Cádiz para ello y dar comienzo a los trabajos que luego continuaría el maestro mayor Cristóbal de Rojas.

En 1594, la ciudad disponía de las siguientes defensas: el muro de tierra, con los baluartes de San Roque y Santiago en cada extremo; la muralla de la bahía, con los baluartes de San Felipe, Santa Cruz del Postigo y del Boquerón. Además el fuerte del Puntal. Muy poco todo ello, porque la artillería era escasa. No podía impedir la entrada de navíos enemigos en la bahía, ni al asalto por el muro de tierra.

El 27 de julio de 1596 escribió Cristóbal de Rojas al rey sus impresiones sobre el estado de la ciudad, a la que llegó tres días después del asalto anglo-holandés de 1596.

Declaraba que ni en las murallas ni fortificaciones había causado daño el enemigo. El Consejo de Guerra consideraba de momento que se debería hacer el castillo proyectado por Tiburcio Espanoqui, que había de servir como ciudadela.

Pedro de Velasco, Capitán General del ejército y miembro del Consejo de Guerra, reconoció la plaza el 18 de agosto de 1596, acompañado de Antonio Zapata.

Velasco consideró esencial la defensa de la bahía, y por ello creía que habían de levantarse en ella cuatro fuertes: uno en la Punta de la Cruz; otro en la Punta del Corral de Vacas; otro en el Puntal, en sitio diferente del que se encontraba el baluarte que hizo el Adelantado Mayor de Castilla; y un último en Matagorda. Todos ellos metidos lo más posible en el mar.

Manifestaba Pedro de Velasco que la ciudad estaba situada en el mejor lugar para su defensa, pues no había otro que dominara mejor la bahía adonde llegaban los navíos cargados de tantas riquezas de las Indias y Levante. Convenía hacer inexpugnable la ciudad construyendo en ella un castillo o ciudadela junto a la puerta del muro, que dominaría al mismo tiempo la bahía y el único lugar por donde los enemigos podían entrar por tierra con facilidad.

Contra la opinión de Pedro de Velasco, el proyecto de castillo-ciudadela, para Fernando de Añasco y el obispo Antonio Zapata, no debía estar junto a la puerta del muro, donde bastaba con terminar los baluartes de San Felipe, o entre éste y la caleta de Santa Catalina. El castillo en la puerta del muro se podía encontrar situado entre la ciudad y el campo abierto, siendo necesario para su socorro un ejército; no sucedería así en el otro emplazamiento, su socorro sería fácil con dos o tres barcos de refresco durante la noche.

A fines de 1596 surge una cuestión interesante movida por el Consejo de Guerra acerca de si era mejor fortificar Cádiz o desmantelar la ciudad.

Debatida la cuestión se llegaron a estas conclusiones. Cádiz era la plaza importante de Andalucía, por ser vecina de Berbería, y por ello necesitaba de buena fortificación y artillería. Su mantenimiento valdría cien mil ducados al año. Por otra parte, el puerto de la ciudad era tan grande que aunque se hiciera el fuerte de Santa Catalina los navíos no se encontrarían por eso bien protegidos dentro de él. La entrada de la bahía tenía dos leguas escasas, distancia que no podían cubrir los fuertes de Santa Catalina del Puerto y San Felipe. Por ello, era mejor desmantelar la ciudad y pasar su población al Puerto de Santa María.

Sin embargo, Sevilla había solicitado poco antes al Rey se fortificasen las plazas de Cádiz y Gibraltar por repartimiento entre todo el reino. En contra de la idea de desmantelar Cádiz se levantó la voz de Antonio de Osorio, que había visitado la ciudad junto con Cristóbal de Rojas. No creía conveniente abandonar Cádiz al enemigo pues si éste se hiciera fuerte en la plaza, podría sin dificultad meter sus armadas en la bahía. Desestimaba Puerto Real y Matagorda, tal como pensaban algunos, como lugares apropiados para asiento de una ciudad, por ser malsanos y faltos de agua. Si se abandonaba la bahía y Cádiz, cualquier armada enemiga podía estorbar la entrada y la salida de las naves del Rey, refugiadas en el canal de Puerto Real.

Había que tener en cuenta la reputación del mismo rey, que sufriría si sus enemigos le obligaban a abandonar una plaza tan antigua. Por otra parte la fortificación de Cádiz era fácil, pues la ciudad era fuerte por naturaleza.

En febrero de 1597 Felipe II aún estaba indeciso sobre la conveniencia de fortificar de un modo u otro la plaza y su bahía. Sin embargo, nunca se determinó a desmantelar la ciudad, idea que tampoco había tomado cuerpo en el Consejo de Guerra. Consideraba de gran importancia en la bahía los fuertes del Puntal y de Matagorda, que harían posible la repoblación de los lugares vecinos. Para defensa de la ciudad se inclinaba por la idea de levantar el castillo-ciudadela proyectada hacía tiempo por Tiburcio Espanoqui en la Puerta del Muro, porque se aprovechaba de los dos baluartes que allí comenzó Juan Bautista Calvi, y de los otros dos mayores que delante de estos trazó Fratin.

Más tarde, en 30 de mayo de 1597, dio Felipe II una instrucción a Cristóbal de Rojas con diversas disposiciones. Se haría el castillo de la ciudad con los cuatro baluartes del frente de tierra. La puerta de la ciudad no habría de ser la puerta del castillo, sino que se situarían a uno de los lados del mismo, que sólo tenía la misión de recibir socorros. Se hacían también los fuertes de la bahía, es decir, Punta de la Cruz, Punta de las Vacas, Matagorda y Puntal.

De momento no se resuelve nada sobre la fortificación de la ciudad. En julio de 1597 interviene Juan Andrea Doria quien reconoció la ciudad y bahía junto con Cristóbal de Rojas y Fernando de Añasco.

Consideraba esencial para la defensa de una plaza sitiada la seguridad de ser socorrida por tierra o mar. Luego tenía muy en cuenta que la fortificación fuese lo menos costosa posible y poco elevado su sustento ordinario. Acerca del castillo-ciudadela, Andrea Doria opinaba que debía ahorrarse su gasto. Su razón de ser no la consideraba de peso. Era ésta el gran número de extranjeros

que siempre vivían en Cádiz, vecinos peligrosos en caso de asedio. Respecto a la bahía decía que en ella podían estar muy seguros cualquier navío o galera, sobre todo a partir del Puntal, y más si se fortificaba como se estaba pensando, pues toda ella quedaba al alcance de la artillería.

Todavía el 3 de octubre de 1597 se deliberó en el Consejo sobre el modo más conveniente de levantar las fortificaciones de Cádiz. Felipe II resolvió, por cédula de 25 de octubre, el modo de fortificación de la plaza. De momento no se había de hacer el castillo-ciudadela por Tiburcio Espanoquí, sino acabar los dos baluartes comenzados en el frente de tierra, Benavides y San Roque, con casamatas, parapetos y foso.

La ciudad quedaría cerrada por la caleta de Santa Catalina con cuatro baluartes y dos medios. En la bahía se levantarían los fuertes de las Puntas de la Cruz y de las Vacas, Matagorda y el Puntal, todos en forma de torreones redondos, que resistían mejor el ímpetu del mar que los fuertes con ángulos. Las trazas de todos ellos, las haría Rojas.

Se comenzaría por el fuerte de Santa Catalina y luego se levantarían los de Matagorda y el Puntal. Para ello S.M. había proveído ya 100.000 ducados. Por otra cédula de la misma fecha se concretaba sobre el orden de los trabajos en las obras de la fortificación real de Cádiz (6). "El ingeniero y el maestro mayor podían tener aprendiz con jornal que supiera el oficio a satisfacción. Todos los que trabajasen en la fortificación habían de ser personas de oficio. Estaba prohibido al ingeniero, maestro mayor o cualquier oficial intervenir en ninguna obra de particulares de la ciudad pues no podían estar ausentes, y si lo hiciesen serían castigados.

Los sobreestantes habían de ser maestros de cantería o albañiles con práctica en el mando y en la inspección de obras. No podía trabajar en la obra de la fortificación ningún peón menor de dieciocho años, ni hombre sin salud ni fuerza suficiente aunque fuera por menos jornal. La jornada de trabajo se extendía de sol a sol, tanto en invierno como en verano. De fin de abril a fin de agosto el almuerzo era a las siete y la comida a las once, seguida de un descanso hasta la una, en que se reanudaba el trabajo hasta la puesta de sol, si bien a la tarde se permitía hacer una pausa de media hora para la merienda. El resto del año, de 1.º de septiembre a 1.º de mayo, el almuerzo era a las ocho, la comida a las doce, y la vuelta al trabajo a la una, hasta que se ponía el sol.

Sobre la adquisición de materiales se daban disposiciones muy estrictas, a fin de evitar fraudes. La piedra y la cal debían ajustarse a las medidas que diera el ingeniero y procedentes de las canteras señaladas. Se prohibía la venta de la cal preparada para la obra a los particulares, como se solía hacer hasta ahora. Los vecinos que en adelante quisieran cal habían de comprarla a los caleros.

El veedor de la fortificación o su oficial de confianza tomarían nota diaria de toda la gente de trabajo. El sábado y los días de pago asistirían a los pagamentos el ingeniero o el maestro mayor, quienes verificarían las listas de sobreestantes.

---

(6) Víctor Fernández Cano. *Las defensas de Cádiz en la Edad Moderna*.

Del cumplimiento de estas órdenes se hacía responsable el corregidor de la ciudad, Fernando de Añasco, a quien tocaba hacerlas cumplir. Estas órdenes se hacían públicas de modo que nadie pudiera alegar ignorancia de ellas...”

Cristóbal de Rojas hizo una traza de bulto de sus proyectos de fortificación de Cádiz, que fue aprobada por S.M. por cédula de 9 de febrero de 1598.

La ciudad, sin embargo, con Fernando de Añasco a la cabeza, no consideraba acertado el fuerte de Santa Catalina proyectado por Cristóbal de Rojas, a pesar de que era obra aprobada por Felipe II. Los vecinos de Cádiz consideraban muy elevado su coste, unos 60.000 ducados, creyendo suficiente en aquella caleta una simple torre.

A todo ello se opuso Cristóbal de Rojas punto por punto. El fuerte de Santa Catalina se hacía conforme a la traza aprobada, y era muy conveniente porque impedía que ningún enemigo se apoderase de las caletas de Santa Catalina y Rota, que defendía junto con la campiña que quedaba entre el fuerte y la ciudad. Además facilitaba la llegada de socorros a la ciudad desde el fuerte. Ninguno de estos servicios hacía la torre que pretendían los vecinos de Cádiz.

En enero de 1599 escribió Felipe III asistiendo a la formación de los atrincheramientos de que hablaba Cristóbal de Rojas y a que se levantara el baluarte de San Francisco con su cortina. Para ello comisionaba al corregidor Fernando de Añasco, que debía buscar recaudos y hacerse con trescientos presos moriscos para estos trabajos. Sin embargo el dinero faltaba. Los meses pasaban sin que ninguna resolución real proveyera los medios para reanudar la fábrica de las defensas de Cádiz.

Los ruegos de los oficiales de la fortificación y las observaciones de Cristóbal de Rojas hicieron que el Consejo considerara llegado el momento de hacer realidad el proyectado castillo-ciudadela en el frente de tierra. Así lo determinaba la cédula dirigida al Duque de Medina Sidonia de 19 de agosto de 1602.

Tiburcio Espanoqui dejó hecho modelo de bulto de esta ciudadela que se había de guardar en el archivo del cabildo de Cádiz. Luego dio orden de comenzar su fábrica relevando de sus funciones a Cristóbal de Rojas, que marcharía por entonces a la Corte.

Pasados algunos años al regresar Cristóbal de Rojas de la Corte, donde se encontraba desde hacía algunos años, trajo en julio de 1607 instrucciones de proseguir el trabajo de la fábrica del castillo de la Puerta del Muro. Se proveyeron 20.000 ducados. El trabajo se reanudó en el baluarte de San Roque bajo la dirección del ingeniero Cristóbal de Rojas, a poco de su llegada. La obra avanzaba perceptiblemente, de modo que en febrero de 1608 informaban los oficiales de la fortificación que su fábrica ya estaba terminada y se proseguía desde enero trabajando en el baluarte de Benavides. Pero la fábrica del baluarte de Benavides, por la escasez de medios se prolongaba indefinidamente.

Pasados algunos años tras el ataque de 1596, algunas de las defensas proyectadas a partir de aquel año se habían hecho realidad. El puente de Zuazo estaba fortificado desde 1605. El frente de tierra estaba protegido con una muralla baja y los dos baluartes de Benavides y San Roque estaban aún en obras.

El castillo viejo subsistía aún, si bien su inutilidad había sido comprobada en 1596. Servía de almacén de pertrechos o de polvorín. En 1607 pensó la ciudad en derribarlo y utilizar su piedra como cantera para la fábrica del castillo de la Puerta del Muro.

Dos años antes del ataque de 1625 aún no estaba dispuesta la plaza para una buena defensa. El rey avisó por carta a Fernando Girón el 14 de junio, donde le decía que tenía noticias de que Inglaterra preparaba una armada dispuesta a asaltar Cádiz. Por ello era necesario poner de inmediato la ciudad en estado de defensa. Fernando Girón, que había hallado Cádiz abierta y desmantelada por muchos puntos, dispuso con toda presteza las medidas más convenientes. Mandó ahondar el foso de la Puerta del Muro, quedando la muralla de la contraescarpa labrada en la peña viva en parte y en donde había tierra, la hizo afirmar con cantería. Con ello consideraba Fernando Girón suficientemente fortificado el frente de tierra.

El ataque anglo-holandés de 1625 mostró la efectividad de las defensas levantadas en Cádiz desde 1596. La ciudad podía confiar ahora en su seguridad. Los proyectos de fortificación de Cádiz tan sólo en parte se habían realizado. La bahía estaba protegida con un solo fuerte eficiente, el del Puntal, y la ciudad quedaba aún desabrigada sin murallas en muchas de sus partes.

La defensa completa de la plaza no sería realidad, con todo, en muchos años. En los años que siguieron al ataque de 1625, los gaditanos se ocuparon tan sólo en proseguir con lo más urgente: ensenada del baluarte de San Felipe, y reparos en el baluarte del Puntal, que había detenido al enemigo y dado tiempo a la llegada de socorros a la ciudad.

Los restantes años del siglo XVII apenas señalan un progreso en las obras de fortificación de la plaza.

Durante el siglo XVIII, los baluartes se perfeccionan en tanto se crean otros nuevos. El recinto de la ciudad se rodea totalmente de murallas, labor que se realiza ya en la primera mitad del siglo XVIII, exceptuando la muralla del Vendaval, de escaso valor militar por otra parte.

Cádiz y su bahía, al terminar el siglo, eran consideradas por todos como una de las plazas fuertes más seguras de entre las existentes. Prueba de ello es que Cádiz no fuera víctima en toda la centuria de ningún ataque de los navíos enemigos que hubieran deseado hacerla su presa. Tanta seguridad fue reconocida de modo positivo al trasladar en 1716 la sede de la Casa de la Contratación y Consulado de Sevilla a Cádiz, donde permanecerían hasta la extinción de estos organismos.

## **Nacimiento y evolución del castillo de Puntales**

A lo largo de todos estos años, hemos visto cómo Cádiz pasa de ser una ciudad indefensa a estar protegida. Acabando con los argumentos de los que postulaban su desaparición, asimismo en todo este conglomerado de defensa

hemos visto cómo el castillo de Puntales es pieza vital en la defensa de la bahía.

Ahora vamos a mostrar cómo se llega a la estructura actual del castillo de Puntales, que pasa de baluarte a fuerte o castillo, ya que tiene estos dos términos según la visión de cada historiador.

La Academia de la Historia en su "Diccionario Geográfico", refiriéndose al Puntal, define así este nombre: "Terreno fangoso asegurado con puntales o maderos clavados en la tierra para formar o afirmar algún puerto o desembarco como Puntales en la bahía de Cádiz y en Villaviciosa, puerto de la costa de Asturias".

El castillo de Puntales, en la barriada de Puntales en la ciudad de Cádiz. Cuando el saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596, la única defensa que tenía dicha barriada era el pequeño baluarte llamado el Puntal. Mucho tiempo conservó este sitio el nombre del Puntal. Allí se fundó un castillo que en 1625 fue tomado por los ingleses y muy posteriormente reedificado.

Según Adolfo Vila Valencia, los Puntales son dos castillos, el uno se llamó Puntal y el otro Matagorda, haciendo una boca o entrada a una bahía. Pero en el siglo XVIII se empezaron a formar los dos barrios conocidos por los de la Segunda Aguada y de San Lorenzo del Puntal. Las casas de éste eran de madera y varias de ellas dedicadas a almacenaje. Allí se carenaban y construían muchos buques hasta mediados del siglo XIX, ocurriendo en 1823 un voraz incendio que ocasionó grandes pérdidas. Puede asegurarse que aquí estuvieron establecidos los primeros astilleros gaditanos.

Las primeras noticias que tenemos son del viaje de Calvi a Cádiz, mandado por orden del príncipe Felipe en 1554. Calvi ofrece al Consejo de Guerra su traza de la fortificación de Cádiz, que es aprobado y en el cual constaba la construcción de un baluarte en el Puntal.

Tras el ataque de Drake en 1587 (en ese año el baluarte del Puntal era un simple torreón fortificado; el año anterior se había pedido al rey, por memorial, su artillado; tan sólo tenía tres cañones), se toma conciencia de la necesidad de fortalecer ese punto estratégico de entrada a la bahía. Por ello en 1588 comenzó la obra del fuerte del Puntal, dirigida por el Adelantado Mayor de Castilla. Era un cuadrado con dos baluartes, uno a la puerta del mar y otro a la de tierra. El fuerte del Puntal, que era de pequeñas dimensiones, estaba terminado ya en mayo de 1589. Lo mandaba el alcalde Diego de Neira, que murió en febrero de 1591, ocupando su puesto el Comandante Pedro Martínez Fortín. Tenía el baluarte escasa altura, cinco piezas de artillería y cuatro aposentos, dos para almacén de municiones y cocina, y otros dos para acomodo de un artillero y de nueve soldados. Era, sin embargo, de poca consideración para impedir la entrada de navíos enemigos en la bahía o el puente de Zuazo, por ser mucha la distancia que había de guardar. Los aposentos dichos eran tan bajos que en ellos no cabían de pie los soldados. A los pocos años estaban las techumbres abiertas y entraba por ellas el agua de lluvia. En 1594 su alcaide solicitó se añadiesen tres aposentos más para él y el cuerpo de guardia, por un coste de 200 du-

cados y se alzara su parapeto con 60 ducados más, de forma que cubriera los encabalgamientos de las piezas de artillería. Se pensaba que el baluarte no serviría de gran defensa, pero con todo, se debía conservar porque daba algún temor al enemigo.

Pero el ataque anglo-holandés (1596) a Cádiz pone de manifiesto la inutilidad del primitivo baluarte.

Con el viaje a Cádiz en 1597 de Juan Andrea Doria, éste indica que se debe construir un fuerte o castillo, que constara de una simple plataforma con doce artilleros y algunos soldados, bastante para impedir el paso a los bajeles enemigos que quisieran atravesar de noche o con viento recio la ensenada.

Por cédula de 30 de mayo de 1597, Felipe II ordena que se construyan los dos fuertes del Puntal y Matagorda en el paraje más angosto de la bahía. El interior de la bahía estaba desamparado, pues el baluarte construido en el Puntal había sido destruido en el asalto de 1596. Considerando de gran importancia para posteriores defensas estos dos fuertes (7); “De todos los fuertes que había parecido conveniente levantarse en la bahía tras aquel suceso, se consideraban del todo imprescindibles los del Puntal y Matagorda —colocados uno en frente del otro— porque cubrían con sus fuegos el estrangulamiento de la bahía en aquel lugar, dominando la entrada y salida de los navíos que quisieran fondear en la parte más abrigada de la bahía gaditana”.

A su regreso a Cádiz en 1607, el ingeniero Rojas llevaba orden de levantar estas dos fortalezas, metidas en el mar lo más posible, a fin de estrechar aún más aquel paso. La proximidad del invierno desaconsejó al ingeniero comenzar aquel mismo año; al siguiente en 1608, hubo de manifestar que la obra no se podía empezar por falta de dinero, aunque ya se habían cortado un millar de pinos para hacer estacadas para los cimientos. Se consideraba necesarios 60.000 ducados para la fábrica de los dos fuertes. Sugería Rojas la conveniencia de solicitar de Sevilla 30.000 ducados, con los que se comprometía a terminar uno de los fuertes en muy breve tiempo.

Para sacar de los cimientos la obra creía Rojas tener suficiente con 10.000 ducados. En enero de 1609 decía el ingeniero que si su Majestad no mandaba el dinero se perderían las estacadas plantadas en el Puntal con otros materiales prevenidos, donde era urgente colocar los cimientos aprovechando los meses de la buena estación, de abril a septiembre.

En junio del mismo año resolvió en el Consejo de Guerra conceder por parte del rey 20.000 ducados de los 60.000 necesarios para el edificio del Puntal y Matagorda, los 40.000 restantes se librarían a plazos. El libramiento de los 20.000 ducados que concedía al presente se harían por mediación del Conde de Lemos con rapidez, para poder aprovechar la buena estación.

En 1612, se había avanzado en la cimentación del fuerte del Puntal, en el cual no había que usar estacas. Se asentaría sobre suelo arenoso, situado dos

---

(7) *Ibid.*

brazos bajo el agua, en donde no se podían hincar estacas. En su lugar se echarán más de seis carretadas de cantos grandes.

Sobre la controversia en cuanto al término fuerte o castillo para referirse al Puntal, he de hacer notar, que Víctor Fernández Cano lo llama constantemente desde la cédula de Felipe II de 1597, fuerte. Por otra parte Adolfo Vila Valencia y Carlos Martínez Valverde, hacen alusión a que en 1612 se proyecta elevar en aquel sitio un castillo, y a partir de aquí le citan como castillo.

La obra de Puntal continúa durante estos años de modo discontinuo, no llegando a su término por la falta de fondos y la mala administración.

En 1616, muerto ya Cristóbal de Rojas, estaban levantados tan sólo los cimientos del fuerte del Puntal. En noviembre de ese año realizaron un reconocimiento de la obra los ingenieros Julio César Fontana y Jerónimo de Soto. Creen que el fuerte había de retirarse tierra adentro quince pies, lo que disminuiría el coste de la obra 10.000 ducados, según estimaba el maestro mayor Alonso de Vandelvira. Se hizo una nueva traza por la que el coste total de la obra era de unos 29.000 ducados. La nueva traza corregía defectos de la anterior. Los alojamientos y cuarteles sobresalían veinticinco pies más altos que los parapetos, expuestos a la artillería enemiga por tierra y por el canal. Los suelos y tejados de madera proyectados eran inadecuados, resistían mal a la humedad y a la sal. Tampoco convenía usar tejas, porque el estruendo de la artillería los rompía y descomponía, sino bóvedas cubiertas de enlosado. A los navíos enemigos les sería precioso acercarse doscientas varas para hacer efecto en las murallas del frente marítimo, de ocho a diez pies de grueso. No había necesidad de terraplén por los lados norte y sur, que no podían ser batidos sino muy de soslayo. A la parte de tierra bastarían quince pies de terraplén y una contramuralla de cinco pies de grueso. Evitando el terraplén se ganaba espacio para construir bóvedas en el trasdós de la muralla para almacenes, y los alojamientos quedarían a cubierto de la artillería enemiga. Además las piezas del fuerte se situarían a ras del agua, aumentando su efectividad. Convenía situar las garitas del fuerte a la altura de las murallas, para evitar que fueran escaladas, y hacerlas de madera, para poder repararlas cuando se creyera oportuno.

Los alojamientos recibirían luz de patio de treinta y cuatro pies de ancho y sesenta y cuatro de largo, que podía servir para cobijar fuerzas de socorro en caso necesario. Dentro de las bóvedas se acomodaban once piezas de artillería, nueve de ellas dirigidas al canal, con las troneras a dieciocho pies sobre el nivel de las aguas en pleamar, porque eran de mayor servicio situadas a baja altura. Las piezas se ajustaban como en los navíos, con ajustes de mar. Para impedir que el humo se acumulara en las troneras se hacían salir las piezas afuera de la tronera pie y medio o más, para que el humo se esparciera libremente. Como las troneras eran muy estrechas en su parte delantera, no podía entrar el humo si no la arrastraba el viento de Levante, en cuyo caso correría por un respiradero cuadrado con reja de hierro en la bóveda. Por otra parte, como la bóveda tenía una altura de veintidós pies, quedaba tan desahogada que no había de temer el humo. La boca de las troneras se guardaba con puertas de madera

forradas de hierro, que se cerraban con llave desde dentro. Sólo se abrirían en caso de necesidad para impedir de esta forma la entrada y salida de cualquier personal. La arena del terraplén de doce pies en torno al fuerte se sacaría del mismo sitio en que se haría el foso. Las murallas se harían, no de mampostería, sino de cal, arena y cascajo, que formaban un hormigón muy resistente a las baterías.

En 1616, el juez de comisión de las torres atalayas de Andalucía, Juan de la Fuente Hurtado, asumía la dirección de la obra de los fuertes del Puntal y Matagorda, como si fueran torres atalayas. La obra de los dos fuertes se haría en tres años por un precio de 49.950 ducados. Para su construcción se aplicaba el impuesto sobre el pescado, del que cuidaba el juez de las torres.

La obra del Puntal en 1618 tenía sus fundamentos fuera del agua, y en el fuerte que daba al mar se habían levantado ya sus dos baluartes laterales y cortina. La obra continúa en los años siguientes sin que se remate definitivamente.

Seis años después el Duque del Infantado expuso al Consejo, que el fuerte del Puntal debía ensancharse porque su artillería tenía poca capacidad de maniobra. Al disparar las piezas batían en el retroceso el alojamiento de soldados, amenazado derribarle a los pocos disparos.

La mala administración en la construcción del fuerte llevaba a que se sospechara y juzgara a Juan de la Fuente Hurtado por corrupción (8). “En 1629 se pretendió tomar cuentas a Juan de la Fuente Hurtado, al que se acusaba de abuso en la administración de los fondos destinados a los fuertes del Puntal y Matagorda. Se decía que hacía gastos extraordinarios que se podían excusar en salarios de sobreestantes, alguaciles y secretario. Otras veces indicaban que el juez, para justificar la quiebra del dinero destinado a la fortificación de la mazmorra, que él llevaba, contrató a los mismos asentistas para esta plaza que para los fuertes del Puntal y Matagorda, y de esta forma sacaba parte del dinero destinado a los fuertes de Cádiz para la Mazmorra. Esto, aparte lo que se perdía inútilmente o robaban los maestros albañiles, hacía que a pesar de haberse consumido más de 100.000 ducados, los dos fuertes de la bahía aún no estuvieran terminados a satisfacción, cuando su coste no sobrepasaba los 60.000 ducados. Por ello el Consejo de Guerra decidió en febrero de 1629 pedir al licenciado Juan de la Fuente Hurtado cuentas de la administración del impuesto de la sisa del pescado. Juan de la Fuente Hurtado dio cuenta de su administración, quedando en suspenso de su cargo. Por dos veces dio cuenta de la administración por orden del Real Consejo, hasta que en marzo de 1629, por provisión del Consejo de Guerra, se le tomó cuenta por tercera vez, con orden de cesar en el ejercicio de su cargo y suspendió de su salario”.

Cuatro años después del ataque de 1625 se alza de nuevo el fuerte del Puntal, pero no se pone ni entusiasmo ni dedicación en su armamento y conservación. Carlos Martínez Valverde cree que fue debido al refuerzo que se hi-

---

(8) *Ibid.*

zo del frente de tierra de la plaza de Cádiz, que se terminó en 1639. El abandono de su mantenimiento se refleja en varios documentos; por ejemplo una representación al rey que eleva el Conde de Frigilana, gobernador de Cádiz (9). "El fuerte del Puntal tiene necesidad de que se limpie el foso, porque está lleno de arena hasta el cordón... y que se acaba de recintar el frente de mar que está en el aire."

Durante 1634, la dotación del castillo de Santa Catalina, que pasó a ser baluarte se incorporó al fuerte del Puntal muy necesitado de guarnición. En ese mismo año, Luis Bravo de Acuña perfeccionó el fuerte del Puntal. Dispuso toda su banqueta a igual altura con piedra, de modo que se pudiera andar por ella sin dificultad.

Abrigió la fortificación por la parte del mar, donde los temporales habían dañado mucho. Dispuso puentes, surtidas, puertas de socorro y garitas.

Ya en el siglo XVIII, en 1724, el fuerte de Puntales ve modificado su frente de tierra, unido al resto del castillo por medio de dos alas.

Estaba asentado sobre terreno arenoso, que la pleamar cubría enteramente. El frente marítimo era una línea recta con un rediente o ángulo saliente en la parte central. Era un frente menos elevado que el frente de tierra. En su interior había un atrincheramiento, que dividía el interior en dos recintos, con dos rampas para comunicación de una parte con otra. En 1739 había en el castillo del Puntal veintiocho cañones montados, que podían hacer mucho daño a las embarcaciones que intentasen entrar en la bahía o impedir cualquier intento de desembarco, así como resistir cualquier ataque por tierra. Los parapetos del fuerte eran de buena mampostería, de seis pies de espesor. En el interior había cuarteles para la guarnición y la casa del castellano, plaza de armas con capilla y almacenes.

En 1762 el Marqués de la Victoria, Capitán General de la Armada, al exponer sus puntos de vista sobre la fortificación de Cádiz ante un posible ataque, recomienda que dentro de la ensenada del Puntal se harían algunas baterías de artillería gruesa en los lugares desde los cuales los navíos estuvieran a tiro, y de artillería menor en puntos apartados, con el solo fin de oponerse a los desembarcos. En el castillo de Puntales habría algunos brulotes separados.

En 1770 se forma una junta para discutir la defensa de Cádiz y su bahía, en ella se acuerda la instalación de un mortero pedrero de 16 pulgadas y tres o cuatro morteros en su caballero, así como el situar dos brulotes al abrigo de Puntales.

El acuerdo expuesto fue aprobado en forma muy reducida, así lo manifestaba el acuerdo tomado: "El proyecto de defensas de la bahía y plaza de Cádiz formado en junta de oficiales generales de Marina, ha resuelto el Rey se reduzca en el día a aumentar la del castillo de Puntales con una batería que enfile la canal, la embarcación en la Cabezuela, los dos pontones en la inmediación a

---

(9) Carlos Martínez Valverde. *El castillo de San Lorenzo del Puntal*. Base del Mando Anfibio. Revista General de Marina, mayo 1979.

Fort Luis y los Corrales, batería de dos cañones en el cerrillo del Trocadero, otra de dos obuses a la inmediación del castillo de Puntales, y algunos brulotes dentro de aquella bahía además de los navíos de guerra”.

En el siglo XIX, a pesar de las numerosas reformas llevadas a cabo en él, era en su primera mitad una edificación anticuada, sin embargo, por su posición privilegiada, la más importante de la ciudad. Su importancia estribada en que defendía el paso hacia la Carraca, que era donde se guarecía la escuadra en tiempo de guerra, quedaba totalmente dominada.

Constaba Puntales de un fuerte muy reducido hacia tierra, mirando al arrecife —es decir, por el camino de entrada a Cádiz—, que estaba compuesto de dos semibaluartes con flanco, fosos y sus cortinas correspondientes, y en medio de dicho frente estaba la puerta de entrada con un puente levadizo, que aislaba la fortaleza, por tener su foso entrada de agua. Al lado izquierdo de la entrada había una batería de barleta, muy digna de tenerse en cuenta, que podía contener hasta 14 cañones y algunos morteros, emplazada en dirección de acceso a la bahía.

El castillo, en conjunto, podía defenderse de toda clase de ataques por el espesor de sus muros y por estar cerrado tanto por tierra como por mar. Los edificios interiores de Puntales eran los alojamientos, capilla, cuerpo de guardia, casa del gobernador, taller para montajes de artillería, cocinas, etc. Todo ello de obra sencilla, sin artillar. La fortaleza era capaz para unos cuarenta cañones, y en la última guerra con los ingleses se había añadido a su artillería un “hornillo de bala roja”.

En la segunda mitad del siglo XIX, existe un interesante proyecto de fortificación de 1855, dirigido por el brigadier de Ingenieros, Jefe de los de la plaza de Cádiz, don Gabriel Gómez Lobo. Donde se dice (10): “La importancia que tiene en el sistema general de la defensa la posesión de la bahía interior exige que este fuerte —el de Puntales— sea reemplazado por otro incomparablemente de mayor fuerza, construido con arreglo a las mejoras del arte y organizado especialmente para luchar contra la artillería de las naves... —continuaban—: es necesario dar al frente de Puntales una superioridad reconocida sobre Matagorda para que si éste —fuerte— es tomado por el enemigo, pueda ser destruido por el de Puntales”.

Pasan después a proponer una nueva construcción de éste, que si no es la que se adoptó exactamente, sí pudo ser base para la construcción cuyas obras se iniciaron en 1863, que es la actual (con alguna pequeña modificación ésta), con el frente de mar, de muro en superficie curva; atendiendo, por cierto, más a batir a los buques enemigos que pretendiesen entrar en el puerto que a batirse con unos adversarios establecidos en las posiciones que en la boca del caño de Trocadero tuvieron los imperiales y los de Angulema.

El susodicho proyecto de 1855 atendía también, sin embargo, a mejorar el frente de tierra (que quedó como en el siglo XVIII), manteniendo las baterías la-

---

(10) *Ibid.*

terales y a flanquear las playas adyacentes. Estas inquietudes se fueron perdiendo con el paso de los años.

Así, ya en el siglo XX, no hay noticias de modificaciones en la estructura del castillo, sólo las propias del mantenimiento de cualquier fortaleza.

Pasa a ser propiedad de la Marina de guerra por Real Orden de 1923. Como fortaleza militar estaba abandonada, ya que lo custodiaba la exigua fuerza de un cabo y cuatro soldados del ejército, normalmente artilleros.

Pasó a ser Estación Torpedista, posteriormente fue base de lanchas rápidas y, después, de la Flotilla de Desembarco; pasando a ser sede del Mando Anfibio al constituirse éste.

terales y a flanquear las playas adyacentes. Estas inquietudes se fueron perdiendo con el paso de los años.

Así, ya en el siglo XX, no hay noticias de modificaciones en la estructura del castillo, sólo las propias del mantenimiento de cualquier fortaleza.

Pasa a ser propiedad de la Marina de guerra por Real Orden de 1923. Como fortaleza militar estaba abandonada, ya que lo custodiaba la exigua fuerza de un cabo y cuatro soldados del ejército, normalmente artilleros.

Pasó a ser Estación Torpedista, posteriormente fue base de lanchas rápidas y, después, de la Flotilla de Desembarco; pasando a ser sede del Mando Anfibio al constituirse éste.



MEMORIA DE DON  
D. JOSE MARTIN  
MARTIN DE S. ALBA  
NACIÓ EN LA CIUDAD DE  
MADRID EN EL AÑO DE  
1780 Y FUE EN LA  
CATEDRAL DE MADRID EN  
EL AÑO DE 1800  
FUE UN HOMBRE DE  
MUCHA LEY Y DE  
MUCHA FE  
MURIO EN LA CIUDAD DE  
MADRID EN EL AÑO DE  
1850  
R.I.P.A.

CAPILLA  
DE  
SAN LORENZO

AQUI YACE  
EL CADAVER DEL S<sup>RO</sup> CORONEL  
**D. JOSÉ MACIAS**  
**GARCIA DE S<sup>TA</sup> ELLA,**  
CAVALLERO CON LA CRUZ Y  
PLACA DE LA R<sup>E</sup>. Y MILITAR  
ORDEN DE S<sup>RO</sup> HERMENEGILDO,  
GOVERNADOR QUE FUE DE ESTE  
CASTILLO DE S<sup>RO</sup> LORENZO DEL  
PUSTAL, Y CONDECORADO CON LA  
CRUZ DE DISTINCION, POR LA  
DEFENSA DEL MISMO, EN LA  
GUERRA DE LA YNDEPENDENCIA.

S. M. EN PREMIO DE ESTA  
GLORIOSA DEFENSA QUE BAJO  
SU MANDO HIZO LA FORTALEZA,  
POR ESPACIO DE TREINTAY DOS  
MESES, DISPUSO POR R<sup>E</sup>. ORDEN  
DE 28 DE JULIO DE 1816,  
ACEDIENDO Á SU PETICION  
FUESE SEPULTADO EN ESTA  
CAPILLA, FALLECIÓ EN 8 DE  
ENERO DE 1824, LE DEDICAN Á SU  
MEMORIA SU VIUDA É HIJOS.

**R. I. P. A.**